«Los Redentoristas y la Justicia Ambiental»

Introducción

Wuhan, para la gran mayoría de nosotros hasta hace poco, era un nombre desconocido, el nombre de una ciudad con la cual nadie jamás imaginó llegar a tener algún vínculo. Cuando las noticias anunciaban el inicio de una posible epidemia en esta ciudad, todos contemplábamos ésta como una realidad muy lejana, como muchas otras antes. Pero cada vez más nos íbamos dando cuenta cómo gradualmente se acercaba a nuestro continente, a nuestro país, a nuestra ciudad , a nuestro barrio, a nuestra familia, hasta llegar a tocar a nuestro núcleo familiar, a nuestros amigos más cercanos y – en muchos sentidos- a nosotros mismos. Esta es quizá una metáfora que puede reflejar nuestra actitud frente al "clamor de la tierra y el clamor de los pobres," como se refiere el papa Francisco a la actual crisis ecológica. Se trata de una realidad que parece lejana a nosotros y que aparentemente no es urgente porque no nos está tocando directamente, pero lo cierto es que estamos sintiendo sus efectos cada vez con más fuerza. Los medios de comunicación nos dan cuenta de desastres ecológicos cada vez más dramáticos que tienen sus causas directas en la acción del ser humano durante las últimas décadas. Según análisis independientes de la NASA y la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica (NOAA), el año 2016 registró las temperaturas más altas sobre la superficie de la tierra desde que éstas comenzaron a registrarse en 1880, y todo indica que es muy probable que este límite se siga traspasando.

La degradación de los ecosistemas y de la tierra en general es uno los grandes peligros que actualmente enfrentamos y, no obstante, seguimos cerrando nuestros oídos y nuestro corazón al clamor de la tierra y al clamor de los pobres. No nos hemos dado cuenta que nuestra vida depende de los otros sistemas de vida. Si algo se ha hecho evidente durante esta pandemia es nuestra interconectividad.

Porque la realidad climática actual, la pérdida de biodiversidad, la degradación de espacios vitales no son un accidente o la consecuencia de dinámicas de la misma naturaleza. ¡No!, ellas son consecuencia directa de nuestra desconexión con el Creador y su creación, situación que nos ha abocado a asumir opciones y estilos de vida que afectan directamente nuestra relación con la naturaleza. Durante siglos habíamos creído que la naturaleza era inferior a nosotros, que era "algo" inhóspito que había que domesticar y "transformar" y frente a la cual no teníamos ningún vínculo de responsabilidad. Pero lentamente hemos venido comprendiendo que cuando hablamos de la tierra o la naturaleza, en realidad nos referimos a las interacciones y reacciones que existen dentro de ella y dentro de la cual nosotros estamos jugando un papel determinante. Es decir, hemos comprendido que nuestro futuro es el mismo de la naturaleza.

Muchos podrían preguntarse: ¿El creyente debería ocuparse de problemas ecológicos?, ¿no se trata acaso de uno de esos tantos temas de moda de los que hoy se discute y mañana pierden fuerza?, ¿no debería el ámbito religioso ocuparse más bien de ´cosas religiosas´." Y es precisamente este tipo de cuestionamientos el que nos revela el grado de desintegración en el que nos encontramos. Es cierto que gran parte de la solución a los problemas ambientales va a depender de políticas a nivel global, adoptadas y lideradas principalmente por los países desarrollados y los gobernantes de turno, lo que aparentemente nos deja en una posición de impotencia frente a esta realidad. Pero nuestra responsabilidad no es (en principio) política, sino fundamentalmente cristiana. Es decir, nuestra fuerza y capacidad de cambio radica no es nuestra capacidad económica o política, sino en aquella verdad que proclama la fe en un "Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, nacido por obra y gracia del Espíritu Santo." Conectarnos con esta verdad de fe significa devolverle la sacralidad a la vida y a todo lo creado y, por tanto, avanzar por caminos de reconciliación y sanación. Y es desde ahí desde donde los cristianos podemos enfrentar la actual amenaza ecológica.

Nuestras constituciones afirman que "La opción por los pobres constituye para la Congregación su misma razón de ser en la Iglesia y la contraseña de su fidelidad a la vocación recibida" (Const. 5). Nuestra espiritualidad siempre nos ha movido a escuchar el clamor de los pobres. Ahora nuestra comprensión de los pobres se extiende también a nuestra devastada y empobrecida tierra (de la cual cada uno de nosotros hace parte). Por eso, para nosotros, escuchar el clamor de la tierra y el clamor del pobre es escuchar el clamor de Dios, que nos mueven a tomar opciones y a actuar en coherencia con estas opciones. Esta escucha es la que nos mueve a ser portavoces de los que no tienen voz. Ésta no es una escucha difícil porque son voces que están no solo cerca de nosotros sino también dentro de nosotros. La crisis ecológica ha puesto en una situación de vulnerabilidad a los que ya eran vulnerables, y esta situación que se ha agravado con los efectos de la pandemia actual. No es difícil escuchar estas voces. En consecuencia, al comprometernos con la justicia ambiental y la conversión ecológica estamos honrando nuestro seguimiento del Redentor quien vino al mundo para darnos vida en abundancia.

¿De qué manera el clamor de la tierra y el clamor de los pobres está tocando nuestra espiritualidad, economía, formación y ministerio pastoral? Es una pregunta con especial relevancia para los redentoristas de hoy. Con el presente material queremos promover un escenario donde juntos podamos sensibilizarnos y buscar alternativas frente al problema ambiental.

Ver
Nuestro mundo herido

En los ambientes científicos y académicos se ha venido discutiendo ampliamente acerca de la influencia y la presión que el ser humano sigue ejerciendo sobre el planeta y que ha venido cambiado el rumbo natural de su evolución – e incluso su misma geografía-, especialmente desde la revolución industrial y vertiginosamente a partir de los últimos 70 años. La actividad humana, y el sistema económico global predominantemente, es en estos momentos es la que más impacto genera sobre el sistema de vida de la tierra. El impacto sobre la biósfera, algunos académicos han argumentado, es similar al de los grandes cataclismos que en el pasado han afectado al planeta. Calentamiento global, especies en extinción, deforestación, derretimiento de los polos, contaminación de fuentes de agua y acidificación de los océanos, contaminación, consumo desenfrenado, aumento de la producción y de los desechos… estos son solo algunas de las caras de la crisis ecológica actual causada por la influencia humana.

Las conclusiones del informa Planeta Vivo 2020 (WWF), por ejemplo, es uno de los informes de innumerables instituciones científicas y académicas sobre la situación actual del planeta. Este informe en particular ofrece una evidencia inequívoca de que la naturaleza se está desmoronando; viene a ser un altoparlante del grito de la tierra que revela cómo su rica diversidad sigue disminuyendo de forma alarmante, impactando de manera especial a los más pobres. Y, por supuesto, las causas siempre apuntan directamente a la acción del ser humano.

Durante los últimos decenios la naturaleza ha sido transformada a una velocidad sin precedentes. Estamos tomando los recursos de la Tierra y degradándola a un ritmo nunca visto en millones de años, hasta un punto donde ella no alcanza a recuperarse. Nos relacionamos con la naturaleza como si fuera una enemiga, negándonos a aceptar que nuestro futuro está profundamente conectado con toda la vida en toda la Tierra. Este informe, como muchos otros, nos advierte que, si no actuamos ahora, el mundo como lo conocemos hoy puede caer en un estado de degradación irreversible.

La crisis ecológica es una realidad innegable, pero sus consecuencias son impredecibles. El sentido de urgencia hacia un "profundo cambio cultural y sistémico que valore la naturaleza" se repite también una y otra vez desde muchos ángulos de la sociedad. El informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático señaló en 2018 que "se necesitan cambios de gran alcance y sin precedentes en todos los aspectos de la sociedad" para limitar el calentamiento global a 1.5 °C en lugar de 2° como se había establecido en el acuerdo de París, con el fin de evitar los graves impactos del cambio climático. A nivel global, se prevé que el cambio climático "traerá una combinación devastadora de efectos adversos para los pobres del mundo, tanto por su situación geográfica como por sus bajos ingresos" (ONU).

El secretario general de la ONU, por su parte, ha advertido que, si no somos capaces de reconciliarnos con la naturaleza y cambiar la situación ambiental actual, estamos condenados a vivir situaciones catastróficas peores a las ya vistas, e irreversibles. Vivimos en un espiral de destrucción y estamos dejando en heredad a las generaciones futuras no solo un medio ambiente destruido y saqueado, sino también una deuda económica y ambiental impagable. El sistema económico y el estilo de vida actual se han construido sobre ideas como "tener más es mejor," "producir más y de manera eficiente es el motor del desarrollo," o que "el consumo sin límites sustenta la calidad de vida." Pero estas ideas, además de ser una ilusión son ideas destructivas, porque nos empujan dentro de un espiral de autodestrucción. Quizá esta generación no alcance a tocar el fondo de la gravedad del problema, pero son las próximas generaciones las herederas de la destrucción y la deuda que estamos alimentando hoy.

El término "Antropoceno" ha emergido entre científicos, periodistas, estudiosos y público en general para describir este impacto drástico que el ser humano ha tenido sobre la naturaleza en los últimos 70 años. Fue utilizado por primera vez en 2000 por el investigador en química atmosférica y ganador del Premio Nobel Paul Crutzen durante una conferencia. Recientemente se ha sugerido que el inicio del Antropoceno debe fecharse a comienzos del siglo XX, cuando se produjo una "Gran Aceleración" en la actividad humana que causó cambios tan drásticos en el estado y funcionamiento de la tierra como no lo había hecho en millones de años atrás. "La gran aceleración" se midió con algunos indicadores publicados en el 2004 que mostraban cómo durante los últimos 50 años se habían dado las transformaciones más profundas en la relación del ser humano con la naturaleza. Si pensamos que la naturaleza necesita entre cinco y diez millones de años para renovar la tierra con nuevas especies podremos dimensionar el impacto del hombre sobre el mundo creado. Otra forma de medirlo es pensando en que se necesitarán 200.000 generaciones de seres humanos antes de que se pueda recuperar la biodiversidad que el ser humano ha logrado destruir en solo décadas. Estos son esquemas que nos ayudan a dimensionar la magnitud la rapidez y el impacto que el ser humano está teniendo sobre la Tierra.

La explosión del comercio global, el consumo y el crecimiento de la población humana, junto con el rápido desarrollo urbanístico son los principales factores que continúan influyendo en la acelerada degradación de la naturaleza. Esta es una situación que confirma que los líderes del mundo y los habitantes del planeta debemos encontrar caminos comunes para un desarrollo sostenible y para el cuidado de la Creación.

Juzgar
Desarrollo para qué, para quién y a qué costo

Generalmente, el bienestar humano y el desarrollo económico de los países se mide en términos de producto interno bruto (PIB), pero muchos consideran éste un indicador obsoleto al no alinearse con un desarrollo sostenible, y porque no tiene en cuenta el medio ambiente al darle demasiado énfasis a los factores económicos y productivos. Ciertamente, la maximización de la ganancia no puede ser la única herramienta de medición del desarrollo, dado que, al medir únicamente las transacciones mercantiles pierde de vista la relación con la naturaleza y con su Creador. Este es en un medidor engañoso pues en realidad no mide el bienestar humano en toda su totalidad. La finalidad del desarrollo debería ser siempre es una vida digna y de bienestar para cada persona y para el planeta. Son muchos los estudios y estadísticas que nos llevan a concluir que el PIB es un indicador muy limitado e inadecuado como medida de la calidad de vida porque pierde de vista lo que realmente es importante. Se ha argumentado también que un crecimiento del PIB dañará sin duda el medio ambiente al favorecer cada vez más su inestabilidad.

En este sentido, el Papa Francisco nos ha venido invitado a restablecer nuestra conexión con lo Creado y con nuestro Creador, a sanar las heridas de este mundo herido. Así, el Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral ha establecido siete objetivos *Laudato Si*, como una medida aproximativa que nos permite medir no solo una comprensión cristiana de bienestar, sino también medir nuestra conversión hacia una ecología integral

La coyuntura actual nos brinda una oportunidad para probar que estamos aprendiendo de nuestros errores y que podemos ser buenos administradores del encargo que se nos ha encomendado. En el ámbito redentorista la crisis ecológica actual nos ofrece la posibilidad para la revitalización de nuestro ministerio pastoral y para mostrar la relevancia de nuestro carisma en un mundo herido. Por eso el camino de la conversión ecológica y el llamado a la acción, que se hacen cada vez más urgentes, vienen a ser para nosotros una de las formas de dar testimonio del Redentor en el mundo de hoy. Y como solo podemos proteger lo que amamos, se hace cada vez más importante sensibilizarnos para poder restablecer las relaciones con la naturaleza y poder acogerla como nuestra hermana, como el mundo del cual nosotros hacemos parte. En últimas se trata no de vernos a nosotros mismos como los salvadores del medio ambiente y de las otras especies de vida, antes bien, se trata de vernos como parte de esta compleja red de vida a la que llamamos Tierra y dentro de la cual hemos recibido como género humano un encargo especial de nuestro Creador: el de ser custodios, defensores y promotores de la vida. Y como un problema común requiere una solución común, o al menos un trabajo aunado, es aquí donde la reflexión y la acción en común pueden marcar la diferencia. Un mundo pluralista e intercultural nos desafía a integrarnos como familia humana en el cuidado de nuestra Casa Común, aprendiendo unos de otros mientras vivimos y anunciamos la verdad de Jesucristo Redentor en un mundo herido.

Actuar desde los Objetivos Laudato Si

1. Para responder al clamor de la tierra:

"El desafío urgente de proteger nuestra Casa Común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar." (LS 13). El clamor de la tierra se expresa en una larga lista de temas urgentes sobre los que estamos llamados a actuar: contaminación y cultura del descarte, cambio climático, el agua potable, la pérdida de la biodiversidad, los límites del progreso científico y de la tecnología, el deterioro de la calidad de vida y la inequidad planetaria. El modelo actual de desarrollo no ha tenido en cuenta la tierra, se ha construido no junto a ella, sino a pesar de ella (Cfr. Papa Francisco, 8 marzo 2019). Estamos produciendo, consumiendo, transportándonos, construyendo… pero, ¿a qué costo para le Planeta? Este es un grito que llega todos los días a oídos sordos a través de los noticieros, en reportes científicos y análisis de instituciones preocupadas por el tema, pero que es descaradamente ignorado. Después de varios encuentros internacionales de los líderes del mundo sobre la realidad ecológica, todavía no existe un plan de acción claro para prevenir los crímenes contra la naturaleza y cambiar el rumbo de nuestras prácticas.

Los Redentoristas, conscientes del llamado a dar razón de nuestra fe y a ser instrumentos de esperanza, fermento en un mundo herido (cfr. Const 10, 42) queremos escuchar el clamor de la tierra y de los pobres para caminar por el camino de la conversión ecológica. Nuestra conciencia nos dice que nuestra existencia está directamente relacionada con la del planeta y que necesitamos tomar acciones, primero que todo en nuestras vidas, para despertar así la conciencia colectiva en nuestra congregación y en el mundo de cada al clamor de la tierra.

- *¿Cómo se manifiesta el clamor de la Tierra en mi entorno cercano?*
- *¿Conozco la procedencia de la energía y de los recursos que se consumen en mi casa y comunidad? ¿Conozco el impacto que ellos tienen sobre el medio ambiente? ¿Cómo llegan a nosotros?*
- *Cuando hablamos de desarrollo, ¿a qué nos referimos?, ¿Desarrollo para quién?, ¿Desarrollo para qué?*
- *¿Es posible el desarrollo destruyendo la fuente del desarrollo: nuestra casa común?*

2. Para responder al clamor de los pobres:

Laudato Si ha puesto de manifiesto de forma clara la íntima conexión entre los marginados y la crisis ecológica. Es por eso que, la opción por los pobres, nuclear en el Evangelio y en nuestras Constituciones, ha de ser también una opción decidida por la Tierra. Para los cristianos en general, y para los redentoristas de manera especial, el cuidado de la Tierra es una cuestión de justicia y de solidaridad con las personas empobrecidas. En este sentido, el llamado a la solidaridad que hizo el último Capítulo General resuena con más fuerza frente al clamor de la tierra y el clamor del pobre. Mientras que los pobres son quienes menos han contribuido a la degradación del planeta, son ellos quienes siguen cargando con las peores consecuencias de esta degradación. Así, la defensa del ambiente se convierte en un elemento de la opción por las personas más pobres, pues la opción por los pobres implica una afirmación del destino universal de los bienes y la defensa de este bien común, el más básico y universal, que es la Creación.

- *¿Cómo se manifiesta el clamor de los pobres en mi entorno cercano?*
- *¿De qué manera el modelo de desarrollo actual le está fallando al planeta y a los pobres?*
- *¿Cuál es la relación entre el clamor de la Tierra y el clamor de los pobres?*

3. Hacia una economía Ecológica

La lógica de la competencia, la maximización de la ganancia y el crecimiento sin límites ha venido configurando nuestro ser como individuos y como sociedades en los últimos decenios, y si bien ha traído muchos beneficios en términos de creación de riqueza, optimización de recursos y cierto bienestar humano, ha dejado de lado el bienestar integral de la persona y la sana relación con la naturaleza. Muestra de ellos es que el modelo económico actual, cuyo éxito se mide en términos de crecimiento económico, ha sido incapaz de medir resultados ambientales y de desarrollo humano integral. Es un sistema que ignora que el bienestar humano está supeditado a la integridad de la Creación. Porque los valores de la economía del mercado capitalista: rendimiento, competencia, crecimiento no pueden ir solos, a ellos se debe agregar la gratuidad, el bien común y la reciprocidad para que favorezcan el calidad de vida. La ingenuidad humana parece no darse cuenta que no es posible construir el bien común y un desarrollo ilimitado sobre las bases de un planeta limitado.

Es así como *Laudato si* nos desafía a buscar otros modos de entender y buscar el progreso (16) para que éste pueda estar al servicio de la promoción de la vida, y sobre todo de los más pobres. En los últimos años ha surgido una insatisfacción con el actual modelo económico que está generando nuevas visiones que buscan responder a la crisis ecológica actual. En este sentido, el Papa Francisco afirma necesitamos «una ecología económica, capaz de obligar a considerar la realidad de manera más amplia» (LS 141). La ecología integral exige una nueva concepción económica en la que la producción de riqueza pueda mejorar y no destruir nuestro mundo (cf. LS 129).

El llamado es a profundizar en la dimensión ecológica de nuestra economía y nuestro modelo de consumo, avanzando hacia modelos de producción más sostenibles, como la economía circular, y el comercio. Es posible pensar en una economía más humana. El Papa en su mensaje para el evento "*Economy of Francesco*" afirmaba que es necesario corregir los modelos de crecimiento que son incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente, la acogida de la vida, el cuidado de la familia, la equidad social, la dignidad de los trabajadores, los derechos de las generaciones futuras. Desgraciadamente, sigue sin escucharse la llamada a tomar conciencia de la gravedad de los problemas y, sobre todo, a poner en marcha un nuevo modelo económico que sea fruto de una cultura de comunión y que esté basado en la fraternidad y la equidad.

- *¿Qué tipo de "buenas prácticas" podríamos incorporar en nuestras comunidades y la Congregación para promover una dimensión ética de la economía que vaya en consonancia con la ecología integral?*
- *¿En qué medida se podría concebir a la naturaleza que nos rodea, dentro de nuestros ejercicios contables, como parte de los bienes que constituyen nuestro capital?*

4. Adopción de un estilo de vida sencillo

El llamado a vivir un estilo de vida sencillo es un elemento con el cual nos identificamos dentro del imaginario redentorista. Es, de hecho, la manera como los redentoristas participan del misterio de Cristo (Const. 20). A este respecto el Papa afirma que "La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres" (LS, 222). No es difícil caer hoy día en un estilo de vida basado en el usar y tirar, pero es evidente que es necesario cambiar este estilo de vida si, en realidad queremos sanar nuestro mundo herido y solidarizarnos con los pobres. «Un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar

con poco» (LS 222), ha sido el testimonio recibido de muchos redentoristas; ellos han escuchado al Espíritu que nos libera de aquella tendencia engañosa de acumular y que nos mueve a la solidaridad con nuestro mundo herido. Tampoco es difícil para nosotros recuperar ese estilo de vida sobrio del cual nuestros antepasados han sido fieles testimonios, estilo que nos permita encarnar la solidaridad con los pobres y con el mundo herido de hoy.

- *¿Soy consciente de las implicaciones éticas de actividades como comprar, vender, invertir, producir, consumir…?*
- *¿Alguna vez has pensado sobre los recursos que se consumen y luego se desechan? ¿A dónde van a parar? ¿El planeta logra absorberlos?*
- *¿La sobriedad puede ser liberadora? ¿de qué manera nuestra opción por los pobres se refleja en nuestro estilo de vida?*

5. Educación Ecológica

La educación es un elemento fundamental para alcanzar una conversión ecológica que transforme nuestras relaciones con nuestros Creador, nuestros hermanos y hermanas y la creación en general. Es así como, "la educación a la ecología integral puede contribuir a tal conversión, si incluye una iniciación a la contemplación y al cuidado de cada vida y de la creación, considerando también la necesidad de ampliar el horizonte para tomar conciencia de la profunda conexión entre los varios problemas que lo afectan." (Grupo de trabajo interdicasterial de la Santa Sede sobre la Ecología Integral, p. 26).

Como redentoristas sabemos muy bien que la formación es un proceso de toda la vida que nos ayuda a fortalecer el sentido de responsabilidad con nuestra vocación y con la vida que hemos recibido. Nuestros procesos de formación deben incluir hoy la formación de la conciencia sobre la realidad ambiental, o podríamos decir también, sobre la justicia ambiental. Los programas de formación de los futuros redentoristas y de nuestros interlocutores en la labor pastoral debería dar un lugar importante a la doctrina social de la Iglesia en perspectiva de la ecología integral y la justicia ambiental.

- *¿Cuál creo que debería ser el papel y el impacto de la educación en la transformación de las relaciones de los seres humanos entre sí y con la Tierra?*
- *¿Cuál estilo de vida debería promover la formación de consagrados y laicos redentoristas?*

6. Una espiritualidad Ecológica

Las raíces de la crisis ecológica actual son profundamente espirituales: el ser humano ha ignorado los planes de un Dios Creador para favorecer los intereses individuales y la ilusión de un progreso económico sin límites; hemos introducido una ruptura entre nosotros, nuestro Creador y la naturaleza, y pareciera incluso que queremos tomar el puesto de Dios, al pretender situarnos fuera de la naturaleza, cuando en realidad formamos parte de ella. Es por eso que el Papa Francisco nos está llamando a promover una "espiritualidad ecológica" que logre superar aquella arrogancia antropocéntrica que define nuestra relación con la naturaleza. Es una espiritualidad que debe recuperar una actitud de respeto, asombro, contemplación y gratitud frente al mundo creado. "No somos Dios. La tierra ha estado aquí antes que nosotros y se nos ha sido entregada como un don" (LS 67). Renunciar a nuestro puesto de Dios y asumir nuestro lugar de creaturas en este mundo es sin duda el punto de partida para salir de este "comportamiento que a veces parece suicida" (LS 55).

Este llamado nos da la oportunidad de entablar un diálogo enriquecedor con la rica tradición espiritual a lo largo de la historia de la Congregación. Nuestras convicciones de fe y nuestra tradición espiritual nos ofrecen "grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles" (LS 64). Es así como necesitamos devolverle el puesto a la ecología dentro del ámbito de lo sagrado, donde el amor preferencial de Dios hacia los pobres abraza también al mundo herido. Nuestro mayor aporte como religiosos a la actual crisis ecológica consiste en restaurar la sacralidad de los Creado y los vínculos con su Creador.

- *¿De qué manera la rica tradición de la espiritualidad redentorista está conectada con el cuidado de la Casa Común?*
- *El Papa invitaba a los profesores y estudiantes de la Academia Alfonsiana (feb 9, 2019) a ser conscientes de los pecados contra la naturaleza, de los cuales casi nadie se confiesa. ¿Cómo se articula la realidad de este pecado dentro de nuestra tradición teológica y espiritual?*

7. Participación activa a nivel local, regional, nacional e internacional.

Muchos de los cambios sustanciales en materia medioambiental dependen ciertamente de instancias administrativas superiores, como los gobiernos de los países, las organizaciones internacionales y las multinacionales. Pero también es cierto que la capacidad de cambio en la esfera local para enfrentar la crisis ambiental puede tener un impacto considerable. El fomento de la participación ciudadana y el compromiso comunitario a nivel local y regional, articulado con las políticas a nivel global, son el germen para la creatividad y el cambio. Todo lo que podamos hacer para favorecer el cuidado de nuestra Casa Común cuenta y son expresión de la fraternidad universal a la que todos estamos llamados. ¿Cuánto tiempo más tiene que pasar (si todavía lo hay) antes que logremos admitir todos los problemas que hemos creado en nuestra tierra? ¿Cuantas más especies vivientes tienen que desaparecer? ¿Hasta donde tiene que elevarse el calentamiento global para que podamos reconocer que existe un problema ambiental? Estos son interrogantes nos pueden mover a dar pasos concretos a nivel individual y a nivel de nuestras comunidades locales, para actuar como la levadura en la masa, y lograr conectarnos con la conciencia global que clama por el cuidado de nuestra Casa Común.

- *¿De qué manera puedo orientar mi ministerio pastoral para que sea consecuente con el llamado al cuidado de la Casa Común?*
- *¿De qué manera puedo ayudar a involucrar a los interlocutores de nuestros ministerios en la promoción de la ecología integral?*

Conclusión

Seis años después de la promulgación de la encíclica *Laudato Si*, el llamado a la conversión ecológica se sigue haciendo cada vez más urgente. La Congregación Redentorista, como comunidad de conversión, y al participar de la misión de la Iglesia, acoge el llamado del Papa Francisco y se esfuerza por renovar sus criterios de acción de cara al clamor de la tierra y el clamor del pobre. Es por eso que en el momento presente se esfuerza por interpretar y comprender los problemas actuales y la relación entre ellos a la luz de los criterios de reflexión propuestos en la *Laudato Si*, y por llevar a la práctica, a nivel individual y comunitario, sus inspiraciones. La Congregación no es indiferentes al deterioro de "la Casa Común," y si algo la ha caracterizado dentro del cuerpo eclesial, es su propuesta moral que busca restablecer las relaciones con el Creador. Por eso la Congregación acoge la *Laudato Si* como un aporte precioso a la moral cristiana y a la humanidad y se siente llamada a interpretarla desde el propio carisma y a fomentar su espíritu dentro de la vida apostólica de los congregados.

Comisión General de Pastoral Social – Justicia, Paz e Integridad de la Creación